

á ir en auxilio del ejército de Portugal con un destacamento de diez mil hombres.

Por lo que hace al mariscal Soult despachóle el rey José la verdadera orden que le debió enviar desde el principio, mandándole no ya que prescribiera al conde de Erlón seguir los movimientos del general Hill, sino que al punto hiciera marchar un destacamento de diez mil hombres, los encaminara sobre el Tajo, evacuara la parte de territorio que fuera menester para el cumplimiento de esta providencia, y por último, que, si se negaba á obedecer, entregara su mando al conde de Erlón sin la menor demora.

Confianza en la ejecución de una orden tan terminante, en las promesas del general Caffarelli, en la posibilidad que tenía personalmente de enviar al mariscal Marmont algunos miles de hombres, contando con que todas estas disposiciones podrían elevar el ejército de Portugal á muy cerca de setenta mil soldados, tranquilizóse respecto del desenlace de los sucesos que se preparaban en Castilla, tranquilizóse porque, aun estando dotado de buen seso, de inteligencia militar y de bizarría, no tenía aquel ardor devorante, aquella vigilancia insomne del verdadero hombre de acción, que no cree lo propio que ha visto, que no descansa más que sobre promesas ya realizadas, que no da una orden sin seguir su ejecución por sí mismo, cualidad que Napoleón poseía en el más alto grado, y á la cual debía en parte sus prodigiosos triunfos.

Mientras por nuestra parte se perdía el tiempo más precioso en tristes tropezones, se puso lord Wellington en movimiento para intentar una marcha ofensiva hacia Castilla, único punto de España donde, por las razones ya expuestas, podía operar útilmente. Aunque único jefe y perteneciente á la potencia más rica de Europa, no estaba plenamente satisfecho de su situación, y bajo el aspecto material sobre todo. En su ejército se hallaban los sueldos muy atrasados: no le llegaba dinero sino con dificultad suma, porque necesitaba su gobierno convertir en metálico, y con una pérdida de 25 por 100 cuando menos, el papel moneda circulante por Inglaterra; además, los españoles, aun cuando muy adictos á su causa, le suministraban gratuitamente cuantas noticias le podían ser provechosas, pero no le daban sus géneros sino por dinero. Muchos meses hacía que no se pagaba á los bagajeros, que acarreaban los víveres del ejército inglés en seis mil mulas, y se quejaban con vehemencia. Ahora bien, si se negaran á servir un solo día, quedaba la hueste británica perdida del todo, pues faltando los comestibles reunidos todas las noches en los vivaques, el tiempo de condimentarlos y el de consumirlos, muy pronto se hallara lord Wellington sin un solo soldado en sus filas. Así no cesaba de escribir á su gobierno que, si le daban aquellos admirables soldados franceses, según los llamaba, que se pasaban sin provisiones, y corrían aquí y allí para proporcionarse alimento, y tornaban después bajo su bandera, y de prisa hacían el rancho con lo que habían recogido, y se batían aunque no tuvieran tiempo de acabarlo, podría sostener la guerra sin dinero; pero que si se sujetaba á los ingleses á prueba semejante, si se les exponía á dejar las filas para ir al merodeo, al cabo de algunos días no volviera ni uno solo. También se quejaba por tanto de pasar sus trabajos y sus apuros. Su ejército, aunque

excelente, no era tal como lo deseara. Más numeroso lo quisiera, y especialmente de españoles. Éstos, que le debían haber suministrado treinta ó cuarenta mil soldados, apenas le habían enviado una división de diez mil hombres, mal disciplinados, mal mandados, y sin prestar ninguno de los servicios que se debían de esperar del denuedo y de la sobriedad del soldado español. Con la decisión de las naciones portuguesa y española, con todo el poderío de Inglaterra, después de muchas campañas felices, había llegado á juntar á orillas del Águeda en los primeros días de junio las fuerzas siguientes: siete divisiones de infantería inglesa, sumando de treinta y cinco á treinta y seis mil hombres de una solidez á toda prueba, pues la octava se hallaba á las órdenes del general Hill en Extremadura; cinco ó seis mil hombres de excelente caballería inglesa y alemana; dos brigadas de infantería portuguesa, y además una división española á las órdenes del general don Carlos de España.

Estos auxiliares, difíciles de contar, y especialmente los españoles, á causa de su organización imperfecta del todo, podían ascender á catorce ó quince mil hombres. A su número añadían una fuerza, imposible de calcular, si bien efectiva, los guerrilleros, muy idóneos para el servicio de tropas ligeras. Se ve, pues, que con algún concierto entre nuestros generales, con nuestros valerosos soldados, con trescientos mil hombres efectivos, que proporcionaban doscientos treinta mil combatientes, concentrándose en tiempo oportuno, fuera fácil oponer una fuerza abrumadora á aquel puñado de ingleses, sólidos y bien dirigidos sin duda, pero cuya fuerza estribaba enteramente en la cordura de su caudillo y en la desunión de nuestros generales.

Lord Wellington lo conocía muy á fondo, y así adelantábase á Castilla temblando, si es lícito usar de esta palabra hablando de tal hombre. Consumadas las conquistas de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, forzoso era que emprendiese algo, y según se ha hecho patente, sólo podía intentar una marcha ofensiva á Castilla. Su razón firme no admitía ninguna duda sobre estos puntos, pero al pensar que iba á lanzarse á espaldas de los franceses, entre los ejércitos del Norte y de Portugal por un lado y los de Andalucía y del centro por otro, y que pudieran abrumarle sin más que enviar un destacamento cada uno, sentíase acometido de temor verdadero, no del temor de las almas pusilánimes, sino del de las almas fuertes é ilustradas que, sin exagerarse el peligro, conocen su gravedad toda. Si se tranquilizaba hasta el punto de ir á hacer cara á tal peligro, consistía primeramente en la necesidad de emprender algo bajo pena de perder la favorabilísima coyuntura que la ausencia de Napoleón le ofrecía; y además, en que contaba con las miserables desazones de que de muy atrás se hallaba enterado, y que hasta entonces habían impedido á nuestros generales abrumarle con la reunión de sus fuerzas. Una sola vez había visto operarse esta reunión á tiempo, el año antecedente, cuando el mariscal Marmont corrió á Extremadura, y este movimiento le hizo fracasar en el ataque á Badajoz con pérdida de seis mil hombres. Por el contrario, no habiéndose verificado esta concentración durante los tres primeros meses del presente año, pudo tomar á Badajoz y á Ciudad Rodrigo. Ahora se lisonjaba aún de gozar de la misma fortuna, merced á las propias causas.

Sin embargo de la resolución de marchar adelante, escribió á su gobierno que no había que prometerse grandes resultados, pues bastaba que los franceses se reunieran en su contra para verse rechazados hacia Portugal muy en breve. Por tanto pidió de una manera expresa que el ejército anglosiciliano tentase un desembarco en la provincia de Murcia ó de Cataluña, para impedir que el ejército de Aragón destacara tropas al ejército del centro; pidió á las escuadras inglesas, que cruzaban por el golfo de Vizcaya y se comunicaban con los jefes de las partidas, que fingiesen un desembarco para impedir que llevara socorros al mariscal Marmont el general Caffarelli. Tomadas estas precauciones, pasó el Águeda en los primeros días de junio y dirigióse hacia Salamanca. Sabiendo, por noticias exactas, debidas al celo de los españoles, que el mariscal Marmont, para que vivieran sus divisiones, se había visto obligado á dispersarlas, y que aún no le había llegado refuerzo alguno, esperaba encontrar al ejército francés diseminado, y en todo caso fuerte de cuarenta mil hombres á lo sumo, y desprovisto de material verosíblemente. Por estos diversos motivos se lisonjaba cuando menos de obligarle á la evacuación de Salamanca, y de repelerle más allá del Duero, lo cual era un principio feliz de campaña. Después se proponía obrar á tenor de los sucesos, teniendo bastante sangre fría para esperarlos sin turbarse, y bastante presencia de ánimo para aprovecharlos á tiempo.

Aunque mal servido por sus espías el mariscal Marmont, que estaba alerta, conoció muy pronto la aproximación de los ingleses, y se puso en aptitud de no ser sorprendido. Habiendo tenido espacio para juntar cuatro ó cinco divisiones, gracias á la vuelta de la división de Foy, pudo formar una reunión respetable y capaz de imponer extrema reserva al enemigo. Si no tenía bajo la mano á todo su ejército delante de Salamanca, efecto era de que necesitaba ocupar muchos puntos, y también de haberse visto obligado á esparcir sus tropas sobre un radio de más de treinta leguas para vivir en un país arruinado. Por lo demás, habiéndose aprovechado de las lecciones administrativas de Napoleón, de quien fué ayudante de campo, empleó el invierno en cuidar á sus hombres, en reparar su material de artillería, en recomponer cuanto pudo los tiros de caballos, y en dejar sus puestos en buen estado de defensa. A falta de grandes almacenes, y en la imposibilidad de crearlos, formó cerca de cada división un pequeño depósito de galleta, que le permitía maniobrar durante quince días sin que le inspirara zozobra la subsistencia de sus soldados. Transformado había en ciudadelas tres conventos que dominaban á Salamanca á la par que el paso del Tormes. Allí había puesto una guarnición de mil hombres, y se podía alejar sin miedo de que se estableciera en la ciudad el enemigo. Por dondequiera escalonaban puestos bien ocupados la línea del Duero, que se extiende detrás de Salamanca, y que con el Esla, afluente suyo, cubría á la vez el reino de León y Castilla la Vieja. Toro, Zamora, Benavente, Astorga, prometían corta resistencia, y ante un adversario circunspecto, operando prudentemente, cabía en lo posible mantener algún tiempo la campaña sin verse arrastrado á una acción decisiva.

Después de tomar las citadas disposiciones, levantó el mariscal Marmont su campo de Salamanca. dejó en

tregada la ciudad á sí propia, y fué á acampar á alguna distancia, para tener espacio de juntar sus divisiones y de observar los movimientos del enemigo. Si no se apresuró á refugiarse detrás del Duero, fué porque tenía el Tormes para cubrirse, y porque además quería permanecer á la vista de Salamanca para alentar á la corta guarnición establecida en los tres conventos fortificados.

Lord Wellington apareció el 16 de junio delante de Salamanca. Recibido por los moradores con una alegría que siempre estallaba después de la partida de los franceses y antes de la llegada de los ingleses, dedicó un día ó dos á la reflexión y al placer de haber así adquirido los honores de la ofensiva sin correr sus peligros. Le pedían los habitantes que les libertara de los tres conventos fortificados que dominaban la ciudad y podían tornar á abrir sus puertas á los franceses. Examinados de cerca estos tres conventos, vióse que al parecer exigían un ataque en regla. Diez ó quince días resolvió lord Wellington dedicar á su toma, sin pesarle, pues no estaba dispuesto á precipitar sus movimientos en una comarca donde cada paso hacia delante podía ser dado hacia un abismo. Algunas piezas de artillería había llevado consigo mal municionadas. Con estos medios comenzó el ataque de los tres conventos, y envió á buscar á Ciudad Rodrigo el material de que carecía.

Véase la posición de los tres conventos, de cuya toma se trataba. Enorme edificio cuadrado, semejante á una fortaleza, el principal, el más vasto, el de San Vicente, había sido almenado, horadado con troneras y circuido de escombros en forma de glacis. Por un lado dominaba al Tormes, que corre al pie de Salamanca, y por otro á la ciudad misma. Situados algo más abajo y hacia la población los otros dos conventos de la Merced y de San Cayetano, ofrecían un segundo piso de fuegos en su contra y aseguraban su posesión del todo.

Por fuera de la ciudad abrió lord Wellington la trinchera delante del convento de San Vicente. De rebato quiso apoderarse de los conventos de San Cayetano y de la Merced, y ordenó el asalto. Pero auxiliadas por el fuego dominante de San Vicente las tropas que guardaban estos dos puestos, rechazaron briosamente á los ingleses y les mataron muchos centenares de hombres. Entonces lord Wellington tomó el partido de esperar el material de grueso calibre, que debía venir de Ciudad Rodrigo. La vista del ejército francés, reunido á algunas leguas de distancia y en una posición excelente, sostenía el valor de nuestras cortas guarniciones y prolongaba su resistencia.

Finalmente, habiendo llegado la artillería de grueso calibre en los días 26 y 27 de junio, lord Wellington hizo batir en brecha. Valerosamente se defendieron los tres conventos y lanzaron un fuego violento contra el enemigo. Pero habiendo sido incendiado por las bombas el principal, el de San Vicente, ya fué imposible mantenerse allí por más tiempo, y el 28 hubo necesidad de rendir aquellas ciudadelas improvisadas, por cuyo medio creyóse poder conservar á Salamanca, ó asegurarse cuando menos el recurso de volver á penetrar en su recinto. Allí perdimos unos mil hombres fuera de combate ó prisioneros; mas casi igual número perdieron los ingleses, y ganamos doce días, retardo precioso para nosotros y de consiguiente funesto para nuestros contrarios. Sin



duda conviene reflexionar antes de esparcir sus fuerzas en cortas guarniciones destinadas á rendirse una tras otra, pero no hay por qué apesadumbrarse cuando tanta gente cuestan al enemigo y hacen ganar algún tiempo.

Hasta ahora las operaciones del mariscal Marmont eran todo lo que podían ser en suma, bien que, tomada ya Salamanca, no era cuerdo que se mantuviera tan cerca de los ingleses; así pasó el Duero por Tordesillas, determinado á defender aquella línea con pertinacia. Por lo demás la circunspección de los ingleses no infundía temores de que se arrojaran á una ofensiva muy impetuosa. Lord Wéllington siguió al ejército de Portugal y fué á bordear el curso del Duero, que, aun no presentándose en la estación aquella muy caudaloso, sólo era vadeable por corto número de puntos. Según hemos expresado, á las márgenes de este río se hallaban establecidos buenos puestos, tales como en Tordesillas, Toro, Zamora, y hasta en Benavente y Astorga, considerando el Esla y el Orbigo como una prolongación de la línea del Duero. Especialmente Astorga, además de tener buenas obras, que habían resistido ora á los franceses, ora á los españoles, abrigaba una guarnición de mil quinientos soldados resueltísimos á defenderse, y que, dando un fuerte apoyo á nuestra derecha, debía de molestar mucho á la izquierda de los contrarios. Llegado lord Wéllington el 1.º de julio al Duero, se detuvo allí para dar lugar á que el ejército español de Galicia se apoderase de Astorga. En su concepto empleaba así quince ó veinte días más provechosamente, sin empeñarse demasiado pronto en esta atrevida campaña emprendida á espaldas de los franceses; pero también hay que reconocer que les proporcionaba tiempo de reunirse para abrumarle. Efectivamente, ciegos tenían que estar por extrañas pasiones para no invertir este plazo en juntar setenta mil hombres contra los ingleses. Por tanto, manteniéndose lord Wéllington á lo largo del Duero, no cesaba de dirigir las más vivas instancias, de un lado al ejército anglo siciliano, para que ocupase al mariscal Suchet del todo, y de otro á las fuerzas navales inglesas de crucero en el golfo de Vizcaya, para que hicieran temer al general Caffarelli un gran desembarco en las costas de Asturias.

Entretanto el mariscal Marmont, establecido detrás del Duero, se había ocupado en concentrar las ocho divisiones de que el ejército de Portugal constaba. Después de haber recuperado la primera de estas divisiones, la del general Foy, le faltaba recuperar la octava, la del general Bonnet, compuesta de buenas y numerosas tropas, superiormente mandada, y confinada á espaldas de Asturias para batallar allí contra las bandas de Poirier y contra los ingleses. Sin duda las Asturias valían la pena de ser conservadas, según las órdenes de Napoleón antes de partir para Rusia, pero nada eran en comparación del objeto que ocupaba enteramente al mariscal Marmont en este instante. Así no vaciló en expedir á la octava división la orden de evacuar las Asturias; orden que halló al general Bonnet en camino, porque, alcanzándosele á este oficial, tan inteligente como intrépido, lo que no se les alcanzaba á tantos otros de graduación más elevada, juzgó accesorio todo interés ante la necesidad de rechazar á los ingleses. Descontando cuanto se pierde ó se deja atrás en una rápida retirada, llevaba

el general Bonnet seis mil hombres, excelentes por su valor propio, excelentes por tener á su cabeza tal caudillo. Esta incorporación inspiró al mariscal Marmont mucha confianza, pues elevaba á treinta y seis ó treinta y siete mil hombres su infantería. Caballería era lo que le faltaba, habiéndose agotado en correr los caminos para purgarlos de guerrilleros. Estrechado el mariscal Marmont á remontarla, dispuso echar mano de cuantos caballos de silla hubiese en la comarca, y juntó unos mil de calidad muy buena, con lo que hizo subir el total de su caballería á tres mil jinetes bien montados y vigorosos. Con su artillería bien servida y compuesta de unas cien bocas de fuego, contaba cerca de cuarenta y dos mil soldados, que, reforzados sólo por diez mil hombres, vinieran á ser muy superiores á los ingleses, y tales como eran sin este refuerzo, les pudieran hacer cara, si les guiaba con un poco de prudencia y de fortuna.

Por el mariscal Marmont no estaban mal mandadas, pero no lo estaban de un modo seguro. Este caudillo, dotado de suficiencia, de instrucción, de bravura y del talento de mantener bien sus tropas, se hallaba adornado de algunas de las cualidades del general en jefe, aunque distaba de poseerlas todas. A pesar de ser disipado en sus gustos, pensaba en lo que había que hacer con detenimiento, combinaba mucho, quizá demasiado, pues en materias de acción vale más la exactitud de las ideas que su abundancia. Efectivamente, la abundancia de ideas deslumbra en vez de ilustrar, cuando no la acompaña un juicio firme y expedito. Además, á este mariscal no se le reputaba por afortunado. ¿Es vana superstición de los hombres, ó realidad, esa cualidad incalificable denominada fortuna? ¿Es un favor de la suerte caprichosa, dando á uno para negar á otro esas circunstancias de frío, de calor, de lluvia, de sol, de llegadas imprevistas, que á menudo hacen que salgan bien combinaciones mediocres ó que se frustren combinaciones hábiles hasta lo sumo? ¿O acaso no es más que un conjunto bien proporcionado de cualidades que, aun sin dificultades superiores, inspira aquellas determinaciones sencillas y fuertes que salvan los ejércitos y los imperios? Sea lo que fuere, el mariscal Marmont en su carrera no pasó por afortunado, y es lo singular que nadie le excedía en confianza, ora porque en su persona supliese el valor á la fortuna, ora porque ignorase su destino, que á la sazón no se había revelado del todo. Tal era el general del ejército francés en este momento, y si se pudiera penetrar lo futuro, se experimentara honda zozobra al verle delante de un general reposado, sólido, de consumada prudencia, y cuya fortuna, ora fuese capricho de la suerte, ora talento, jamás se había desmentido.

¿Debía de permanecer inmóvil el mariscal Marmont abrigado detrás del Duero? Sin duda valiera más aguardar la iniciativa del contrario, disputarle el paso del Duero todo lo posible, y luego replegarse metódicamente sobre el ejército del Norte, que, de grado ó por fuerza, acabara por unírsele al ver al enemigo dentro de su casa. Pero joven y vanidoso, ignoraba las miras de la suerte, se hallaba á la cabeza de un ejército de bizarría experimentada, sobre el cual no habían adquirido ascendiente alguno los ingleses, y que retrocedía á despecho, y acababa de recibir noticias que reducían á la nada

las esperanzas de socorro. Por una parte el general Caffarelli, después de anunciarse un refuerzo de diez mil hombres, le enviaba á decir que entre Santander y San Sebastián habían aparecido las escuadras inglesas amenazando con un próximo desembarco, y en definitiva nada le hablaba del refuerzo prometido. Ahora bien, si conviene esperar con reserva del que promete, más razón hay para no esperar del que no se halla en este caso, ó del que, después de haber prometido, ya cesa de hacerlo. Al par, escribiéndole con fecha de 30 de junio el rey José una carta, llegada al cuartel general del ejército de Portugal el 12 de julio, le participaba sus esfuerzos por atraer á los ejércitos del Norte y de Andalucía en su auxilio, sin que le disimulase la poca probabilidad de salir airoso. Para colmo de desventura, ora por no estar prevenido, ora por no creer llegado el instante, no le decía el monarca si podría privarse en su favor de un destacamento del ejército del centro. Así el mariscal Marmont se podía considerar como totalmente abandonado. De seguro, si contara con diez ó doce mil hombres del ejército del centro, aguardara este socorro antes de emprender cosa alguna, pues se prefiere compartir el honor de una victoria á exponerse á cargar solo con el peso de un descalabro. Relativamente al ejército de Andalucía, que pudiera y debiera venir en su ayuda, aun cuando no fuera más que á título de agradecimiento, nada esperaba absolutamente, y las últimas cartas de José llegaron á completar una convicción que de muy atrás había formado. De que no se engañaba dan testimonio los hechos ulteriores.

Reducido á sus solas fuerzas, comparando su ejército al de lord Wéllington, que no le excedía en número si sólo se contaban los ingleses, haciendo memoria de que las batallas ganadas por éstos emanaron del error de atacarles en posiciones donde la manera de combatir les hacía invencibles, discurrió que con tropas muy agueridas podría maniobrar en torno de ellos sin comprometerse, hacerles abandonar la línea del Duero y llevarles á la frontera de Portugal sin dar batalla; y que también acaso, mientras se aspiraba á situarse sobre su línea de comunicaciones para obligarles á desandar camino, se podría ocupar una de aquellas posiciones defensivas, donde las ventajas, que siempre se les habían dejado, se hallaran ahora de nuestra parte. Muy de otro modo temibles serían los franceses, que tan perfectamente escalaban posiciones casi inaccesibles como las de Talavera y Busaco, si en lugar de tener que tomarlas, se les fiaba el cuidado de defenderlas, y mucho menos venturosos los ingleses, si en lugar de tener que defenderlas, se veían obligados á atacarlas; entonces fuera casi segura la victoria. No era, pues, temerario el designio de maniobrar en torno de los ingleses, ni de pensar en disputarles el terreno en el caso de hallar una buena posición defensiva. A todas las razones para operar de este modo se agregaba otra de gran peso. Los españoles del ejército de Galicia asediaban á Astorga, que sólo tenía víveres para dos semanas. ¿Había posibilidad de alejarse del ejército inglés para ir á abastecer esta plaza? Si esto no se podía ejecutar sin peligro, ¿no iban á ser cogidos los franceses por la derecha, de resultas de la pérdida de Astorga, y condenados de consiguiente á una retirada indefinida?

Tales fueron las ideas con que el mariscal Marmont

salió del asilo que había hallado detrás del Duero. Ante todo trató de repararlo delante de los ingleses, y lo hizo con bastante arte y fortuna. De tal manera estaban configuradas las márgenes del Duero, que se descubrían los movimientos de los dos ejércitos de una á otra. Por su derecha simuló el mariscal Marmont que hacía bajar columnas de tropas hacia Toro, y mientras daba á esta demostración la mayor verosimilitud posible, preparaba sobre su izquierda en las inmediaciones de Tordesillas los medios de cruzar de veras el Duero sobre muchos puentes de caballetes. Con efecto, en la noche del 16 al 17 de julio, al par que su derecha prolongada simulaba el proyecto de paso del río hacia Toro, lo operaba positivo su izquierda más arriba de Tordesillas, y detrás ejecutábalo también su centro. Aprovechándose á otro día de la sorpresa y confusión de los ingleses, atraía á su derecha, y se hallaba con sus cuarenta y dos mil hombres intactos del todo, confiados y provistos de víveres, más allá del Duero, y con todas las apariencias de designios alarmantes para el ejército británico.

Lord Wéllington no tenía más deseos que el mariscal Marmont de venir á batalla, pero estaba resueltísimo á no dejarse cortar de Ciudad Rodrigo, donde tenía sus municiones de boca y guerra, y una buena puerta para entrar en Portugal de nuevo. De consiguiente, apresuró á levantar su campo y á retroceder hacia Salamanca por el camino que había traído, y así el mariscal Marmont realizó su proyecto de obligarle á que retrogradara.

Yendo hacia Salamanca, se encuentran diversos afluentes del Duero, ante todo el Guarena y después el Tormes, sobre el cual se halla aquella ciudad asentada. Todos estos escalones había que disputar al retirarse. Con prudencia y lentitud replegóse lord Wéllington de uno á otro. A orillas del Guarena, el general Clausel, joven lugarteniente, que ya revelaba insignes talentos militares, se apresuró demasiado á cruzarlo, y se expuso á ser repelido; pero fué una pérdida sin importancia, y el 19 pernoctóse á lo largo de este riachuelo, arrostrando los unos la artillería de los otros por ir á saciar la sed en las aguas, á causa de ser el calor sofocante.

Remontando el Guarena durante la noche el mariscal Marmont por su izquierda, cruzólo por un punto donde no era más que un torrente insignificante, y se halló de súbito delante de los ingleses, sorprendidos de no separarles ningún obstáculo de nosotros. A lo largo de una meseta bastante extensa marchaban en columna cerrada á buen paso, con aplomo y cubiertos por su caballería y su artillería ligeras. Nuestro ejército se mantenía á su altura, avanzando por otra meseta paralela á la de ellos, acreditando no menos aplomo, mucho más desembarazo, y una confianza de que se dejaba embriagar el mismo general en jefe. Yendo á lo largo del borde de nuestra meseta al galope la artillería ligera, se paraba de vez en cuando para cañonear á los ingleses, y acto continuo se volvía á poner en movimiento para seguirlos. Ambas posiciones desembocaban en una aldea, adonde naturalmente cada huete se esforzaba en ganar por la mano á la otra. Nuestras tropas llegaron allí antes, expulsaron á algunos exploradores, y tuvieron el placer de cañonear desde aquel punto al ejército enemigo, que desfilaba bajo nuestro fuego y á buen alcance. Desde el paso del Duero habíamos cogido unos mil hombres entre heri-



dos y rezagados. En la tarde del día 20 repusieron los ingleses el Tormes y nosotros pernoctamos á sus orillas.

A legua y media más arriba de Salamanca cruzamos este río el 21, y fuimos á establecernos enfrente de las alturas denominadas los Arapiles, sobre las cuales habían tomado posición los ingleses y donde no era fácil acometerlos. Sin duda el mariscal Marmont estaba envejecido algo de sobra de sus primeras ventajas y de las marchas que en presencia de lord Wellingtón había ejecutado; no obstante, se hallaba resuelto á no cometer imprudencias y á no renovar las faltas de sus antecesores, yendo á atacar inoportunamente á los ingleses en lugares donde ninguna probabilidad había de arrancarles el triunfo. Acampó enfrente de ellos, después de ocupar también por su parte una posición bastante ventajosa, separada por un valle de la del enemigo, apoyándose á la derecha en la aldea de Calvarosa de Arriba y á la izquierda en bosques de que tuvo cuidado de apoderarse. Nada tenía que temer de consiguiente, y dormía tranquilo con sus soldados, sin otro pensamiento que el de continuar un sistema de maniobras que tan á maravilla le había salido hasta entonces.

Muy de mañana montó el mariscal Marmont á caballo el 22 de julio para juzgar de los designios del enemigo y ajustar á ellos los suyos. Todo estaba en reposo por ambos lados, y nada anunciaba por el de Wellingtón ningún proyecto, á no ser quizá el de rectificar su posición y enlazarse algo más estrechamente á Salamanca y al camino de Ciudad Rodrigo. Nos separaba de los ingleses, y hacía la posición de los dos ejércitos igualmente segura, un valle poco hondo y bastante extendido que iba á desembocar en el Tormes cerca de Salamanca. De quicio servía á nuestra derecha la aldea de Calvarosa de Arriba, ocupada por la división de Foy. Nuestro centro y nuestra izquierda se apoyaban en bosques. De esta suerte se podía aguardar de una parte y de otra, sin causarse el daño más leve, no queriendo combatir ninguno de los dos adversarios más que á golpe seguro. Con todo, fiando el mariscal Marmont relativamente á maniobras en la habilidad de su ejército y en la suya, ideó un movimiento por su izquierda, cuyo objeto se reducía á rebasar algo la derecha de los ingleses, amenazar de resultas sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo, y cuando levantaran el campo, ora para aproximarse á Salamanca, ora para volver á ganar el camino de Ciudad Rodrigo, atacar su retaguardia y cogerle una porción de ella. Esto era hacadero, bien que hartamente ambicioso, y con las disposiciones de lord Wellingtón, que era fácil conjeturar sin conocerlas, y consistían en volver á Ciudad Rodrigo lo más pronto posible, más valiera que le pusiera puente de plata que arriesgar movimientos que, sin desearlo, pudieran comprometer á una batalla.

Por lo demás, con mucha prudencia en la ejecución, cabía en lo posible operar estos movimientos sin consecuencias demasiado fatales. Dejando, pues, su derecha á las órdenes del general Foy en la aldea de Calvarosa de Arriba, y añadiéndole la división del general Ferey, para que fuese todavía más fuerte, hizo el mariscal Marmont desfilar detrás de este apoyo á su centro y su izquierda á lo largo de los bosques á que estaba adherido, y siguiendo siempre el borde de las alturas que había ocupado. Entre los ingleses y nosotros, hacia

nuestra derecha, se elevaban dos cumbres tristemente famosas, denominadas los Arapiles. De ellas, la más próxima á nosotros era también la de mayor altura, y desde su cima se podía cañonear con ventaja la más pequeña, sobre la cual habían tomado posición los ingleses. Creyóse, pues, útil apoderarse del gran Arapil, como perteneciente á nuestra posición y adecuado á consolidar el establecimiento de nuestra derecha. Encargada de esta operación la bizarra división de Bonnet, expulsó de allí á algunas tropas ligeras enemigas, sin mucho esfuerzo, y asentó una fuerte batería. Era una especie de quicio perfectamente sólido, en cuyo rededor se puso á girar para efectuar la maniobra proyectada. Al par avanzó el mariscal Marmont con sus otras divisiones, llevando la izquierda á la cabeza, desfilando por delante de los ingleses, y dejando siempre entre ellos y nosotros el valle que nos separaba. La división de Thomieres, que formaba su extrema izquierda, se adelantó un poco en flecha para amenazar la derecha de los ingleses; la división de Sarrut y de Maucune se situaron en el centro, la división de Clausel de reserva, y detrás la de Brenier hacia los bagajes y el parque de artillería. Con orden se ejecutaron estos movimientos y á bastante distancia del enemigo, excepto el que nos puso en posesión del gran Arapil, y por de pronto pareció que no debía arrastrarnos á ninguna consecuencia seria.

Mientras el mariscal Marmont operaba de este modo, lord Wellingtón, que presenciaba esta maniobra, dirigida evidentemente contra sus comunicaciones, al punto abrazó su partido y dispuso una maniobra semejante del todo y reducida á avanzar su derecha tanto como avanzáramos nuestra izquierda, y á estar siempre en aptitud de levantar el campo cuando quisiera, sin hallarnos en su camino. Así, dejando inmóvil su izquierda delante de nuestra derecha también inmóvil, y reforzándola mucho, pues la compuso de la división ligera á las órdenes del general Carlos Alton, de la primera división bajo el mando del general Campbell y de una gruesa masa de caballería, llevó su centro enfrente del nuestro, entre el pequeño Arapil y la aldea llamada los Arapiles, siempre al borde de las alturas opuestas á las ocupadas por nosotros. Este centro se formaba de cuatro divisiones inglesas, es decir, de más de veinte mil hombres de excelente infantería. En la primera línea, y hacia el pequeño Arapil, estaban la cuarta división á las órdenes del general Cole, la quinta á las del general Leith; en segunda, la sexta á las del general Clinton, y la séptima á las del general Hope. Lord Wellingtón llevó su derecha á la aldea de las Torres enfrente de nuestra izquierda, y la compuso de la brigada portuguesa de Bradford y de la división española á las órdenes de don Carlos España. Le agregó la tercera división, mandada por Picton antes, retirada de las orillas del Tormes, y el resto de sus tropas de á caballo, porque declinando hacia aquel punto rápidamente el terreno se prestaba del todo á las maniobras de la caballería.

Con estas providencias apercibióse el caudillo inglés de sobra contra las disposiciones de su adversario, sin comprometerse á una batalla, pues persistía en no quererla. Ya era mediodía, y se empleara hasta la noche en maniobras semejantes, sin grandes pérdidas de una parte ni de otra, y verosímilmente emprendiera lord Wellingtón la retirada en dirección de Ciudad Rodrigo,

entregándonos á Salamanca sin combate, cuando el mariscal Marmont á impulsos de una fatal impaciencia, no de combatir, sino de maniobrar, quiso coger la retaguardia de su enemigo, creyéndole próximo á levantar el campo.

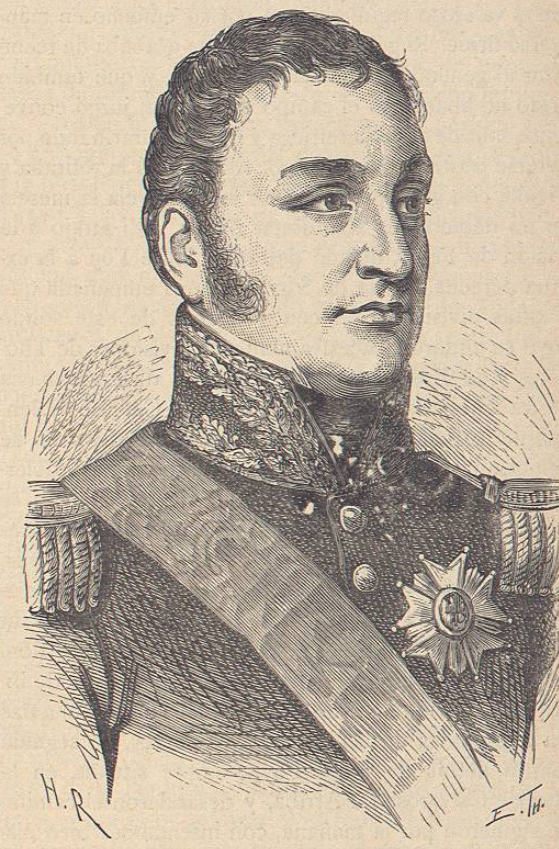
Con este fin llevó su izquierda todavía más adelante, componiéndola la división de Thomieres, según se ha dicho, y tan adelante, que empezó á bajar las alturas por frente de la tercera división inglesa, destinada con una gran masa de caballería á obstruirle el paso. Su centro, compuesto de las divisiones de Sarrut y de Maucune, llevóle todavía más cerca del linde del valle que nos separaba de los ingleses, hizo que el general Clausel apoyara á estas dos divisiones, aproximó la de Brenier, sin prescribir á ninguna que acometiera á los ingleses, pues, como ya se ha dicho, su intención no era otra que caer sobre su retaguardia cuando emprendieran la retirada. Pero para ejecutar semejantes movimientos tan cerca del enemigo, se necesitan á la vez una destreza y una autoridad que aseguren la ejecución puntual de cuanto se ordena. Por desgracia el mariscal Marmont no poseía estas dos ventajas en grado suficiente para mostrarse tan atrevido delante de un adversario como lord Wellingtón. El general Maucune, jefe de la división del centro más avanzada hacia la izquierda, era un militar de experimentada bravura y de extrema osadía sobre el campo de batalla. Creyendo en plena retirada á los ingleses, discurrió que había llegado la hora de echarse encima. En consecuencia, hizo pedir la orden de ataque, y sin aguardarla, se llevó por delante á los tiradores enemigos, obligólos á replegarse, bajó al espacio que separaba las dos huestes y empeñóse contra las divisiones de Cole y de Leith, que formaban el centro de los ingleses. Al ver esto lord Wellingtón, decidido á la retirada, mas de ningún modo á la fuga, admitió la batalla que se le presentaba según todas las apariencias, y dispuso que su centro recibiera y rechazara el ataque del nuestro.

Mientras el general Maucune incurría en temeridad semejante, la izquierda del general Thomieres, siguiendo el avance en punta, bajaba también al llano sin apoyo de ninguna especie, y se exponía á encontrar de frente á la división de infantería de Picton, y sobre flancos á una espesa nube de caballería. De esta suerte mezcláronse por todas partes, y sobre el frente entero de los dos ejércitos se vino á las manos, sin quererlo ninguno de los dos generales en jefe.

Por desdicha, la división del general Clausel, numerosa y superiormente mandada, se hallaba muy atrás aún y no en aptitud de suministrar el apoyo que necesitaban nuestras dos divisiones imprudentemente comprometidas.

Al echar de ver con su antejo el mariscal Marmont desde el grande Arapil, donde se había quedado para dirigir estos diversos movimientos, las faltas cometidas, volvió á montar precipitadamente á caballo para ir en persona á contener la impaciencia de sus lugartenientes. Mas apenas estaba sobre la silla, recibió una bomba, que le estropeó el brazo y le abrió el costado. ¡Aquí sí que se podía creer en la fortuna adversa! Anegado cayó el infeliz general en su sangre, y sólo tuvo tiempo de designar al general Bonnet, como el más antiguo entre los jefes de sus divisiones, para que le reemplazara en

el mando. Su herida era tan grave, que no se sabía si su muerte estaría cercana. Mientras se iba en busca del general Bonnet á la derecha, hacia los Arapiles, la batalla comenzada proseguía furiosa sin general en jefe por nuestra parte. Vivamente empujó el general Maucune á los ingleses y arrinconólos en la aldea de los Arapiles, sosteniéndole el general Sarrut. Pero tenían enfrente cuatro divisiones enemigas, que, además de ser cuatro contra dos, eran individualmente más fuertes que las nuestras. Después de avanzar victoriosamente al principio, vióse obligado el general Maucune á replegarse,



El general Clausel

acribillado por los formidables fuegos de los ingleses. Otra vez los forzó á ciar el general Clausel, ocupando el puesto que el general Maucune había evacuado. Presente el mariscal Beresford en este punto del campo de batalla, ordenó entonces á su segunda línea formarse en horca sobre la primera, de modo de coger á la división de Clausel de flanco. Al mismo tiempo lord Wellingtón hizo atacar hacia su izquierda el grande Arapil á los portugueses del general Pakenhan, y hacia su derecha lanzó sobre la división de Thomieres, bajada imprudentemente á la llanura, además de la infantería de la división de Picton, toda la masa de su caballería. A pesar de estos redoblados esfuerzos del enemigo, nuestro ejército se mantuvo y conservó su terreno. Aun estando privada la división de Bonnet de su general, por haber ido hacia el centro á tomar el mando, contuvo á los portugueses del general Pakenhan. Ochocientos hombres les mató el regimiento 120 y quedó dueño del grande Arapil. Con vigor sostuvo el general Clausel el ataque de frente de la división de Clinton, pero sufrió cruelmente por consecuencia de los fuegos de flanco de